

AGUA, AZÚCAR Y ENERGÍA:

¿CONSUMO DE REFRESCO
EN CHIAPAS COMO
MODERNIDAD INCUMPLIDA?¹

TEXTO Y FOTOGRAFÍAS: JOSÉ TENORIO



I

El agua puede generar energía eléctrica. En México, hacia mediados del siglo veinte los cuerpos de aguas que recorren la nación comenzaron a encausarse para alimentar las centrales hidroeléctricas que emergían en medio de un proceso de modernización.

En Chiapas hay siete centrales hidroeléctricas. La más pequeña de éstas, la Central Hidroeléctrica Schpoiná, fue construida en la década de 1940 en Las Rosas, un pequeño municipio ubicado en la zona centro-sur del estado. La central, se dijo, abonaría al desarrollo de la región, proveyendo de energía eléctrica a varios municipios cercanos y alimentando a la recién instalada fábrica de azúcar—o ingenio—en San Francisco Pujilic.

Hasta la década de los cincuenta, Las Rosas, con una población mayoritariamente indígena, producía primordialmente maíz y frijol, y arroz y panela en menor cantidad. La producción estaba en manos de pequeños productores y enfocada prácticamente en la subsistencia de la población. La instalación del ingenio y la repartición de tierras — principalmente entre la población no-indígena — incrementó la siembra de caña de azúcar.

El azúcar se convirtió así en una sustancia de la modernidad: la siembra de caña traería la diversificación y tecnificación del campo, a la vez que su procesamiento generaría empleos no-agrícolas y conectaría a este olvidado rincón de México con el proyecto modernizador en el que estaba enmarcado el país. La industrialización era uno de los vehículos hacia la modernidad, y la mano de obra de las industrias en expansión también necesitaba calorías. El azúcar, transformada e ingerida en diversos alimentos y bebidas, proveería esta forma de energía.

Don Pedro Martínez, quien hoy día raya los setenta años, inició su trabajo en los campos de caña de Las Rosas a los diez. Empezó como cortador y cuando pudo hacerlo comenzó a cargar los “puños” de caña cortada en los camiones que la transportarían al ingenio. En ese tiempo, en la década de 1960, Don Pedro atestiguó la gradual expansión de la industria cañera en la región. Primero fue la extensión en el uso de la tierra. La tecnificación tardó más. Actualmente la siembra y cosecha de caña es aún bastante rudimentaria, empleándose tan sólo alzadoras—máquinas que cargan los puños de caña en los camiones—. El riego, la fumigación, el corte y otros procesos asociados a la producción son aún realizados manualmente.

El padre de Don Pedro, campesino también, le enseñó a trabajar eficientemente para los patrones y a cosechar su propio sustento: la milpa. El reparto de tierras que tuvo lugar en los setenta benefició a Don Pedro con una parcela en El Zapote, colonia perteneciente a Las Rosas, ubicada a unos a unos 15 kilómetros de la cabecera municipal y a escasos kilómetros de la central hidroeléctrica y del ingenio.

Hasta el día de hoy Don Pedro y sus cinco hijos—como la mayoría de la población masculina de la región—trabajan como *pardieros*, o trabajadores por día, en los campos de caña de los patrones. Por una ardua jornada de seis horas, usualmente de 5 a 11 de la mañana, un *pardiero* gana no más de 200 pesos mexicanos.

II

Las siete centrales hidroeléctricas de Chiapas fueron construidas entre 1940 y 1980; juntas producen más del 40% de la energía eléctrica del país. De manera contrastante, la energía eléctrica no llegó a El Zapote sino hasta finales de los ochenta, gracias a las interminables gestiones que Don Pedro y otros “viejos de antes” hicieron ante autoridades estatales y municipales.

El agua potable entubada también tardó en llegar, lo que resulta irónico en una zona con vastos cuerpos de agua que irrigan los campos y alimentan la central hidroeléctrica sin cesar. No recuerdan exactamente cuándo, y no hay archivos que lo permitan rastrear, pero la primera vez que Don Pedro y su esposa, Doña Carmelita, usaron agua del tubo fue en los noventa. Antes de eso, usar agua implicaba una caminata de varios kilómetros al río para llenar las ánforas.

La familia Martínez es extensa. Don Pedro y Doña Carmelita procrearon cinco hijos y una hija. Todos construyeron sus casas en el amplio terreno de sus papás. El mayor, Rodolfo, tiene 51 años. Con 38 años—mi misma edad—, Carmen es el menor. Hay un total de más de treinta nietos y bisnietos.

Los cinco hombres se dedican al campo, trabajando la caña por un salario y su milpa— casi todos en terrenos rentados o “prestados”—para subsistir. La caña es un cultivo que requiere trabajo constante durante seis meses: mientras se prepara para la cosecha y se irriga, fumiga y deshierba constantemente dos o tres meses después de que fue quemada y cortada. Los Martínez son expertos en todos estos procesos, así como en la siembra, cuidado y cosecha de maíz y frijol, actividades que alternan entre el trabajo como *pardieros* y su “tiempo libre”.

Conocí a Don Pedro, a Carmen y otros 3 amigos (Tío Cruz, Julio y Uber) una calurosa mañana de noviembre del 2024 por casualidad. Eran alrededor de las 11 a.m. Recorría en bicicleta los campos de caña entre Las Rosas y Pujilic. El sonido de unas alzadoras que vislumbré a lo lejos llamó mi atención. Me detuve. Los cinco hombres “tomaban el fresco”, es decir se resguardaban del penetrante calor mientras compartían una bebida, al pie del único árbol en el extenso campo de caña que recién había sido cortada. Desde ese día he compartido con mis amigos muchas horas de trabajo y risas.

III

El trabajo en el campo es intenso. La energía que Carmen y los muchachos necesitan proviene de dos fuentes principales: el maíz y el azúcar. El maíz se consume en muy diversas formas y a todas horas. A veces hay atole por la mañana y tamales al mediodía. Las tortillas siempre son parte del menú en el

1 Este texto se deriva del proyecto de investigación “Poder corporativo, prácticas alimentarias y salud: aproximación histórico-cultural al consumo de ultra-procesados en México” financiado por la Secretaría de Ciencia, Humanidades, Tecnología e Innovación (SECIHTI) de México. También se ha contado con financiamiento de la Embajada de Australia en México a través del Alumni Change Agent Award 2024.

“almuerzo”—comida a las 8 de la mañana durante el primer receso en el trabajo—y en la comida fuerte, entre las 2 y las 4 del día. El maíz también es bebido en pozol, el cual usualmente se toma entre las 10 de la mañana y el medio día. Las incansables manos de las esposas de los trabajadores son las que, al momento, transforman el maíz en un delicioso alimento; sin ellas no habría energía.

El azúcar que se ingiere viene casi por completo en forma de refresco. En esta región, como en muchos lugares de Chiapas y de México, se consumen amplias cantidades de esta bebida. Los trabajadores de la caña beben mínimamente dos litros de refresco al día. No siempre, claro, y esto se inserta dentro de un contexto mayor, de un patrón alimenticio que involucra maíz en muchas formas, frijol, carne de puerco, pollo y algunas verduras.

La predilección de la gente de Chiapas por la Coca-Cola ha sido ampliamente documentada. Múltiples relatos escritos y videograbados sobre la *coca-colonización* de Chiapas, notablemente en zonas indígenas en la región de los Altos, abundan en internet.

Curiosamente, en la región de Las Rosas, así como en otros municipios de Chiapas, se consume más Pepsi que Coca. Las familias de El Zapote, en su mayoría, prefieren la Pepsi. Quizá en algo influya que la botella de 3 litros—la única presentación que se vende en las pequeñas “tiendas” en la colonia—de Pepsi es 10 pesos más barata que la botella del mismo tamaño de Coca. También, como otras personas han documentado, este consumo está influenciado por las dinámicas de poder regional, ya que muchas veces los canales de venta y distribución de estos productos son controlados por personajes con poder que se asociación más a una marca que a la otra.

IV

El consumo de refresco comenzó a promocionarse ampliamente en el México de los cuarenta, en pleno auge de la industrialización y del crecimiento de los centros urbanos. Millones de personas dejaron el campo y migraron a la ciudad para convertirse en la mano de obra de la modernidad. La industria refresquera, como lo muestran periódicos, revistas y panfletos de la época, se valió del discurso de modernidad para justificar su existencia y su dimensión social, y como medio de marketing para sus productos.

Múltiples ejemplos de esto se encuentran en la revista *Refrescos de México*, publicación editada entre finales de los cuarenta y mediados de los cincuenta por la Asociación Nacional de Productores de Aguas Envasadas A.C. Ahí se describe cómo la industria del refresco era en sí misma propiciadora de la industrialización del país: para la producción y venta de refresco se necesitaba azúcar, concentrados de frutas, refrigeradores, botellas, camiones, maquinaria especializada y más, lo que significaba que mayores ventas de refresco se traducían en una mayor prosperidad para las industrias asociadas.

La industrialización como manifestación de modernidad era también resaltado en el marketing de los

refrescos en esos años. Se recalca, por ejemplo, la inocuidad del producto por ser elaborado y envasado mediante procesos tecnificados, a diferencia de la producción de otras bebidas refrescantes caseras, como las aguas de frutas. También, se dibujaba a quien elegía consumir, y compartir, este producto como alguien moderno. El consumo de refresco se planteó pues como un signo de modernidad.

Así se muestra en varios números de *El Pepsicolero*, revista editada y distribuida por PepsiCo en los cincuenta. En un par de publicaciones en 1958, por ejemplo, se resaltaba el sofisticado equipamiento tecnológico con el que contaba la “moderna” planta embotelladora ubicada en Tuxtla Gutiérrez, la capital del estado, desde la cual se cubriría la “importante demanda de Pepsi-Cola, a todo lo largo de la fértil y próspera provincia chiapaneca”.

V

Don Pedro no recuerda cuándo fue la primera vez que tomó refresco. Lo que sí recuerda es que “de chamaco”, término que nos remite a una edad joven, pero sin precisión, tenían que ir “hasta” Las Rosas para tomar refresco. Había, según me cuenta, un solo lugar en el Parque Central donde vendían esta bebida. El consumo implicaba pagar por el refresco, envasado en una pequeña botella de vidrio, beberlo y devolver el envase. Era una actividad para los domingos, una especie de lujo – sólo para cuando había dinero.

El tamaño de las botellas que contienen el refresco se ha ampliado considerablemente en los últimos veintitantos años. Cuando yo era pequeño, en los noventa, la botella más grande que existía era de menos de 1 litro. Existía esa presentación y otra con menos de 400 mililitros, ambos de cristal. Después de unos años aparecieron las botellas de poco más de 1 litro y luego las de 2 litros, ambas de plástico, pero de un plástico duro; aún eran botellas retornables. El cambio siguiente implicó la introducción de envases de plástico desechables; no podía ser de otra forma para las gigantescas botellas de 2.5 y 3 litros.

Los habitantes de El Zapote no son más de 300. Más allá del trabajo en el campo, para los varones, no hay otra actividad que genere ingresos. Las mujeres trabajan incansablemente en el hogar. Su jornada empieza antes que la de los maridos que se van a trabajar.

En un día común, Carmen sale a trabajar a las 5 de la mañana. Esto implica que Fabi, su esposa, se tenga que despertar mínimo a las 4, para prender el fuego—usan sólo leña—, hacer café y preparar el almuerzo que Carmen comerá a las 8 a.m. Después, durante todo el día, siempre hay algo que hacer: organizar la cocina, alistar a las hijas para la escuela, ir a recoger leña al cerro, alimentar a las gallinas, preparar más comida...

Para complementar el ingreso familiar—que pocas veces sobrepasa los 200 pesos diarios—generado por el hombre, algunas mujeres han optado por vender refresco o cerveza. Para esto es necesario ir a Las Rosas a comprar una o dos rejas de Pepsi (con 12 botellas de 3 litros cada una) y mantenerlas en el refrigerador. La ganancia neta es de no más de 5 pesos por botella.





Parecería una ganancia ínfima, pero en un contexto de pobreza como en el que viven la mayoría de las familias este ingreso hace la diferencia.

La venta de Pepsi entre los habitantes de El Zapote es una actividad económica muy básica, pero vital. Sólo la cerveza es el otro producto que mueve la economía local por igual. Pregunté varias veces por qué no vender algunos de los alimentos y bebidas, como el pozol, que se producen y consumen ahí mismo. Nunca obtuve una respuesta directa, pero sí indirecta: nadie quiere comprar lo que se prepara y consume todos los días de manera habitual.

La dieta en El Zapote es, de acuerdo con estándares alimenticios actuales, ejemplar: está basada en la milpa, se cocina al momento, se consume local, y la carne es escasa en el día a día. Sin embargo, esta dieta con la que algunos ciudadanos privilegiados soñamos es motivo de monotonía para quienes no tienen acceso a una más amplia variedad de opciones alimenticias.

He escuchado a mis amigos de El Zapote clamar por un “saborcito”, entendido como una sensación gustativa que saque al paladar de lo habitual. La fruta es incostea-ble; se consume sólo aquella –“plátano coch” por ejemplo – que está a la mano de manera natural. Ya ni hablemos de ensaladas o algo más. Lo que hace el refresco, creo, es romper la monotonía de sabores y dar un toque de ‘modernidad’. Para disminuir su consumo, entonces, se necesitan campañas de salud pública, pero principalmente reducir la desigualdad social.

VI

Uno de los pasatiempos favoritos de Carmen es sacar cangrejos del río que corre por El Zapote. He tenido la fortuna de acompañarle. Las 8 de la noche es la hora ideal para comenzar esta actividad. Primero se ponen las trampas a lo largo del río: vísceras de pollo atadas a piedras. Después viene la espera. Sacar cangrejos requiere destreza física, conocimiento de la geografía y, sobre todo, paciencia.

La multiplicidad de sonidos nocturnos y el brillo de las estrellas son envolventes. Ahí, en medio del claroscuro que genera la luz de la luna, Carmen me ha compartido infinidad de historias. Todas, a mi parecer, muestran la compleja realidad en la que se circunscribe la familia Martínez, marcada por una profunda e histórica desigualdad social.

A los veintitantos, Carmen se fue a Monterrey en búsqueda de una mejor vida. Después de un par de años de perseverancia se estableció en una fábrica cementera. En cuestión de meses escaló—como orgullosamente lo cuenta—de ayudante general a supervisor de piso. Tenía seguridad social, prestaciones y un salario que fácilmente triplica lo que gana trabajando el campo. La pandemia lo hizo volver a El Zapote a cuidar de la familia. Desde el 2022, viaja por periodos de 3 a 4 meses a trabajar en construcción en Playa del Carmen. Con esto llena el vacío laboral que deja el ciclo de crecimiento de la caña de azúcar, donde difícilmente se obtiene trabajo para sortear los gastos del día.

Carmen es un trabajador eficiente, responsable y leal. La organización, repartición y supervisión de tareas se le da de manera natural: ordena, enseña y motiva al mismo tiempo. Es un padre sin igual: ha logrado romper con los males (alcoholismo y violencia familiar) que aquejan, desde hace siglos, a esta zona rural. Carmen ama el campo, la tierra y a su comunidad. Ser campesino es parte central de su identidad. “Dos hectáreas”, ha sido su respuesta cuando le he preguntado qué necesitaría para quedarse en el pueblo y ser feliz.

VII

Carmen tiene un extenso conocimiento de los cuerpos de agua de la región, los recorre y utiliza seguido porque es un muy buen “regador”, oficio que no cualquiera sabe hacer. He atestiguado como con una simple bolsa de plástico y unas piedras es capaz de desviar y redirigir los cauces de los canales de riego.

Hace más de setenta años las entonces modernas máquinas excavadoras crearon surcos para desviar el cauce del río Chilá. El objetivo, como se ha dicho, era irrigar los campos de caña y alimentar la central hidroeléctrica; en ambos casos para producir una forma de energía. Se prometió progreso. Aún no llega, para la mayoría.

La gobernanza del agua es sumamente compleja en esta zona. El Estado es totalmente ajeno a este proceso, lo cual lo deja en manos de los hombres poderosos que han controlado por muchas décadas la región. El control de este recurso vital es crucial para cualquier proyecto político y desarrollista.

Conozco Las Rosas desde hace casi 20 años. Una compleja historia personal me une a este lugar. Las Rosas me ha parecido un lugar estático. Pero recientemente los pequeños autos provistos por energía solar que recorren las maleables calles del pueblo han llamado mi atención. El cargador para vehículos eléctricos instalado en el parque central captura la atención de los visitantes que me han acompañado. Al igual que se propuso con el uso del agua hace más de siete décadas, hoy se promete que la utilización de la energía solar traerá modernidad. ¿De qué tipo?